

Oscilando entre “la verdad” y el “mundo real”.

(hablando del cambio universitario)

Jacinto Dávila.

<jacinto@ula.ve>

Soy escéptico acerca del proceso de cambio universitario sobre el que se discute actualmente en el país. Me parece que en esta discusión, más que en otras, estamos condenados a hablar mucho diciendo muy poco. No es que crea que para los universitarios sea particularmente dañino hablar mucho. Lo que sí es dañino es que ese hablar se use como un ejercicio terapéutico en sustitución de la medicina real.

Participo ahora en la discusión porque el Profesor Ernesto Ponsot Balaguer me ha persuadido de una manera poco original, pero muy efectiva: me ha invitado a comentar un artículo suyo (La “Verdad” en la Misión Universitaria). Hay algo especial en que un viejo amigo (más amigo que viejo, en este caso) lo invite a uno a discutir en esos términos. No como un favor personal del cual él obtendría algún beneficio (eso sería el malentendido compadrazgo que se ha convertido en otra plaga institucional), sino como un ejercicio de equipo en el que ambos nos exponemos a perder nuestro tiempo, pero del cual, quizás, saldrán unas pocas palabras con sentido.

En su artículo, Ernesto ataca la culebra por la cabeza, al meter la suya en la discusión sobre la misión de la Universidad. Según Ernesto, la discusión al respecto en la ULA se ha polarizado en estos dos extremos: Quienes opinan que la Universidad debe ser una institución dedicada a buscar la verdad *por la verdad misma* versus quienes opinan que la Universidad debe servir a los propósitos de la Sociedad que la circunda.

Ernesto se apresura a afiliarse al segundo grupo, aún cuando realmente “no encuentra nido” en ninguna de las dos posiciones. Su rechazo tajante al primer grupo se debe a lo ilógica de esa posición. Según entiendo, Ernesto dice que:

1) La Universidad debe buscar la verdad por la verdad misma.

implica que

2.a) La Universidad sabe cuál es la verdad (que busca) ó 2.b) sabe a donde ir para encontrarla.

Ernesto encuentra a 2) (a y b) como una proposición odiosa y pretenciosa, puesto que, a su vez, implica:

3) La Universidad es la verdad misma y todo lo que diga la Universidad debe ser aceptado ciego y “acríticamente” por el contexto social.

En lógica clásica, se ha “institucionalizado” una técnica para establecer si una proposición no es consecuencia lógica de otras. En breve, la técnica consiste en identificar un contexto en el cual las otras proposiciones sean ciertas y la proposición objetivo sea falsa. Si una proposición es consecuencia de otras, cuandoquiera que estas últimas son ciertas, la primera debe ser cierta. En esto se basa la técnica.

Una ventaja importante de la técnica (respecto a otras formas de hacerlo) es que lo obliga a uno a aclarar qué significan las oraciones con las cuáles uno presenta sus proposiciones. La proposición 1) en el discurso de Ernesto, por ejemplo, se debe replantear procurando eliminar vaguedades y, más importante, ambigüedades, así:

“Buscar la verdad por la verdad misma” entiendo que es igual a “buscar la verdad sin esperar otra recompensa que ‘el gusto’ de encontrarla” o a “buscar la verdad sin preocuparse por el uso que se le dé a ese conocimiento”.

Con eso en mente, uno puede plantear el siguiente contexto imaginario:

1’) Un cierto fulano investigador está interesado en definir una estructura de datos o una estructura matemática muy simple (en cierto sentido muy preciso), pero que contenga las instrucciones para su propia duplicación por medio de un procedimiento también muy simple. No está pensando en aplicaciones prácticas en algún contexto económico. Pero si está pensando en completar la caracterización de cierta familia de estructuras. Es decir, hay un objetivo, aunque este no sea “económico” en los términos tradicionales.

2’) Este fulano no conoce ninguna estructura con esas características, ni sabe donde buscarla. Precisamente, parte de la verdad que busca está en la proposición “existe tal estructura”. Quizás, se puede alegar, él conoce estructuras similares como las empleadas en ciencias de la computación o en matemáticas. Pero quizás también la biología pueda ayudar. Esas áreas definen un amplio espacio de búsqueda. Así que no es difícil imaginar que realmente el fulano no sabe dónde está su verdad.

Este contexto imaginario es poco probable que se realice hoy en día. Cualquiera de nosotros terminaría preguntándose para qué sirve esa estructura o como se le aprovecha económicamente, probablemente como parte de una solicitud de financiamiento para su investigación. Sin embargo, ese es un escenario posible si sólo desconectamos el ejercicio económico al que nos obliga lo cotidiano.

Buscar la verdad por la verdad misma no tiene que ser igual a buscar la verdad sin razón trascendente, sin plan y sin proyecto. “La verdad por la verdad misma” se usa para declarar que hay proyectos intelectuales que no se piensan económicamente y que, por tanto, el investigador puede y debe abstraerse de esa clase de consideraciones.

La coherencia del escenario de 1’ con 2’) es mi prueba de que 1) no implica a 2) como dice Ernesto. Creo que su error está en referirse a la verdad como a un objeto. Un objeto se puede conocer en detalle, aún cuando no se le posea, y se puede extraviar (requiriendo

que alguien lo busque). Ese no es el caso con esa noción abstracta llamada “verdad”. A pesar de lo poco que podemos decir de ella, podemos decir que cuando creemos conocerla, ya no la seguimos buscando.

Este ataque contra el primer argumento de Ernesto, exitoso a mi juicio, no invalida sus otras proposiciones. En particular, yo aprecio su esfuerzo de explicar el origen de 3), la cuál, según Ernesto, es consecuencia de 2).

Dejando a un lado el juego con las proposiciones numeradas, yo me uno a Ernesto en el rechazo a una institución cerrada y aislada del entorno económico. Creo, sin embargo, que la apertura está llena de peligros que debemos anticipar con cuidado.

Este me parece un escenario posible: La Universidad sigue buscando la verdad “por la verdad misma”. La comunidad universitaria define sus líneas de investigación con absoluta autonomía y sólo atendiendo a lo que su conciencia académica colectiva le dicta como relevante. Pero, al mismo tiempo, la Universidad participa de la formación instrumental de los expertos que contribuyen al aparato industrial. Algunos profesores universitarios participan de esfuerzos instrumentales en desarrollo científico y tecnológico, sin descuidar su formación académica y su conciencia colectiva. Como académicos, se mantienen al margen de los intereses comerciales particulares, pero participan activamente y con toda responsabilidad en proyectos industriales, públicos o privados. Y son reconocidos por su honestidad, por su efectividad instrumental y por su visión colectiva.

Suena a poesía. Sin embargo, no creo que estemos condenados a contradicciones en un escenario como ese.

Argumentar el cómo, me apresuro a admitir, es sumamente difícil. Todo intento por conectar a un profesor con su entorno parece una traición al espíritu docente. Y probablemente lo es. Todo parece indicar que esos intentos terminan en profesores que se dedican el lucro personal o profesores que sirven a particulares intereses económicos, ignorando su misión académica, universalista e igualitaria.

Yo creo que esta absoluta desconfianza en la existencia de profesionales instrumentalmente competentes quienes, además y al mismo tiempo, se permitan valores no-económicos como pautas de vida, es una de las razones que motiva a los defensores de aquella Universidad que busca la verdad por la verdad misma.

Pareciera como si los dos extremos que señala el Prof. Ponsot y todas las posiciones intermedias tienen en común una misma creencia: Los seres humanos modernos, dejados por su cuenta, tienden a resolver su problema de vida como un problema económico: Todos procuran maximizar sus beneficios con un mínimo de esfuerzo.

En consecuencia, argumentan los unos, lo mejor que pueden hacer los profesores es salir “al mundo real” a procurarse sus beneficios como cualquier ser humano normal. Al contrario argumentan los otros, vista esta tendencia natural a la degradación de lo

humano, lo mejor que puede hacer el universitario es aislarse de las banalidades del intercambio comercial.

Me temo que, a diferencia de Ernesto, yo me inclino por la posición de la Universidad que busca la verdad por la verdad misma. Yo creo que, efectivamente, somos presa de lo que el profesor Ramsés Fuenmayor ha llamado el dominio imperial de lo instrumental.

Si me permiten caricaturizarlo, ese dominio de lo instrumental se manifiesta en la creencia, muchas veces inconsciente, de que la única estructura que une al humano con su entorno es la económica. Toda asociación entre humanos es una relación económica entre un cliente y quien le sirve y en la que median unos recursos que se van a consumir. Una relación en la que cada lado procura obtener el máximo beneficio económico con o través del otro. No procurar ese beneficio es irracional e intolerable.

Así hemos sido instruidos, no sólo los economistas y los ingenieros, sino los científicos y, cada vez más, los propios humanistas. Así hemos sido enseñados a pensar. Unas lecciones que, además, son constantemente reforzadas por el éxito que tiene esa “forma de pensar” en la ciencia y en la tecnología moderna. Los ingenieros son los héroes y así tenemos a los padres, los hermanos, los compadres, los maestros y a cualquier prójimo, tratando de imitar esa “forma de pensar” al conducir su vida cotidiana (Los únicos que no la pueden imitar sin contradecirse: los religiosos, se retiran en silencio).

En este panfleto, he venido oscilando entre las dos posiciones que bosquejó el prof. Ponsot. Comencé demostrando que Ernesto se equivoca al suponer que buscar la verdad por la verdad misma implica que se le conoce de antemano. Luego me puse de su lado en contra de quienes proponen aislar al universitario del “mundo real”, no sea que interrumpa, por motivos banales e intrascendentes (como el enriquecerse), su búsqueda de la verdad. Al final me he puesto del lado de quienes alertan contra el dominio de la “mentalidad” instrumental, que nos condena a pensarnos como agentes económicos exclusivamente.

¿Acaso debo prepararme a admitir que soy ambiguo e inconsistente al no poder definir mi posición con claridad lógica?. No lo creo. Creo que estas oscilaciones son reconciliables con una explicación coherente, si bien muy compleja y difícil de representar (Sospecho de su existencia precisamente porque he aprendido, instrumentalmente, que las explicaciones de sistemas complejos y flexibles son muy difíciles de construir). Una explicación que requiere muchos más recursos intelectuales que los que un par de profesores, más bien novatos, pueden reunir en sus ratos libres. Una explicación que, en un “mundo real” dominado por la racionalidad instrumental economicista, estaría condenada a aparecer, si acaso, en esos ratos libres.